

Sobre clásicos de la literatura argentina del siglo XIX (Sobre EL FACUNDO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA ARGENTINA de Diana Sorensen)

Por: Adriana Rodríguez Pérsico

Fecha: 30/12/2000

El FACUNDO: lectura de lecturas de un clásico

Entre las definiciones de clásico que ensaya Italo Calvino, hay dos que me gustan especialmente, una dice: "Un clásico es un libro que nunca terminó de decir aquello que tenía para decir"; la otra sostiene: "Es clásico aquello que persiste como rumor incluso donde predomina la actualidad más incompatible?". Ambas afirman el carácter inacabado y proteico del texto; ambas insisten en una permanencia, que siendo callada y opaca algunas veces, estalla cada tanto en presencias estridentes. Los clásicos han despertado siempre la codicia de la crítica. En nuestra literatura, sin duda, FACUNDO integra el panteón de los célebres, fama bien merecida para una obra que ha inspirado bibliotecas colosales que cuentan ahora con otro aporte, EL FACUNDO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA ARGENTINA de Diana Sorensen.

En el campo de la crítica cultural, desde hace ya varios años, existe una productiva línea de trabajo que rastrea los procesos de construcción de las culturas que corren paralelos "en muchos casos- a los procesos de consolidación de los estados nacionales o, tal como lo muestra Said, explican posibles relaciones entre políticas imperiales y políticas culturales. Sin embargo, estas ideas no son nuevas en absoluto. En Argentina, en el siglo XIX, las élites intelectuales que vislumbraban el país como un gran vacío sobre el que había que edificar desde la nada, sabían también que para fundar la nación se necesitaba crear "además de formas jurídicas y políticas- formas culturales adecuadas. La consolidación de la nación-estado presupuso la existencia de una cultura nacional. Desde el periodismo, la literatura, la filosofía o la crítica literaria, los letrados contribuyeron al proyecto: afianzar el estado nacional al mismo tiempo que normalizaban la cultura. Si el estado era imaginado "al menos por Sarmiento y Alberdi- como una instancia unificante organizada de manera jerárquica y legitimada por la racionalidad interna al sistema y por el consenso, la cultura llenaba un papel similar al transformarse en núcleo fuerte de adhesión. Las fronteras nacionales podían caber en el espacio cultural donde se fabricaran y circularan los significados de la nacionalidad.

El libro de Sorensen se inscribe en los estudios que combinan un interés dirigido hacia el lector "cuyas apoyaturas se mueven entre la hermenéutica de Gadamer y la estética de la recepción de Jauss-, con hábiles análisis textuales que orientan las estrategias discursivas hacia pautas ideológicas y políticas y reciben el mayor caudal teórico de los estudios culturales. Un manojito de conceptos trama las argumentaciones: los usos de una cultura, la relación entre discurso y poder, las interpretaciones como batallas simbólicas, la identidad nacional o cultural, la nación como comunidad imaginada, las estrategias de legitimación o cuestionamiento, los modos de la resistencia, los imaginarios culturales, su nacimiento, apogeo y caída.

Con este bagaje y valiéndose de un criterio diacrónico que cubre cien años de historia, Sorensen emprende la tarea de pensar la literatura argentina con un núcleo poderoso y casi excluyente en el "FACUNDO". Tan hiperbólica cuanto el mismo Sarmiento, la autora emplaza el texto en una especie de sistema planetario; alrededor de ese sol, el resto de los escritos giran como satélites: "(...) este libro se propone desenmarañar la pregunta por su continua centralidad (la del FACUNDO) en el imaginario nacional,

mientras atiende a los no infrecuentes intentos de derribarlo?. El título es elocuente ¿las interpretaciones, debates y polémicas en torno al FACUNDO es el punto inicial y el contenido medular de la entera cultura nacional- así como el final abierto que predice nuevas discusiones, en tiempos próximos: ¿Con palabras de Borges, podría decirse que en tanto exista la Argentina, las figuras fantasmales del FACUNDO y de Sarmiento reaparecerán para construir la nación como un paisaje de la mente?.

Y si el origen académico es explícito, igualmente claro resulta el origen personal de la investigación. Con ademán extrovertido de quien abre su intimidad y nos permite conocer las raíces sentimentales y primarias de ciertas preferencias académicas, cuenta una historia íntima de aproximaciones a Sarmiento y su libro: ante todo, recuerdos de infancia en las aulas argentinas en los que se mezclan anécdotas del infatigable maestro con fragmentos deshilvanados de palabras e imágenes de la higuera de doña Paula o del tigre que acecha a Quiroga; después, escenas de la adolescencia en la Facultad de Filosofía y Letras, durante la década del 70, que dramatizan el desmoronamiento del héroe acusado de traición a la patria.

Los mitos de Facundo y de Sarmiento ¿cómo no recordar la expresión identificatoria que soltó alguna vez el letrado refiriéndose a su personaje- dan sentido a la vida individual y comunitaria. La autora encuentra en esas lecturas fundadoras el paradigma de los procesos de constitución de una cultura. De ahí los detalles minuciosos, el rigor en las citas de fuentes, la visión dialéctica de los testimonios y el respeto por las cronologías que recorren los seis capítulos.

El primero focaliza la recepción inaugural del texto, los debates que provoca entre los emigrados, los enfrentamientos entre periódicos chilenos, el diálogo que establece con sus lectores y los sentidos de los cambios introducidos en el pasaje de folletín a libro. Particularmente interesantes son las reflexiones de Sorensen en torno a la conciencia y el deseo de visibilidad de Sarmiento. En efecto, el letrado prepara con tesón la aparición de la obra, creando un contexto periodístico que incluye artículos donde se refuerzan las ideas medulares del ¿FACUNDO?. También es oportuna la confrontación de la reseña anónima de ¿El Mercurio?, atribuida por muchos a Juan María Gutiérrez, con la carta que éste le dirigiera a su amigo Juan B. Alberdi. Las palabras públicas contradicen en más de un aspecto las opiniones privadas. En la carta, Gutiérrez alerta sobre las exageraciones en que incurre Sarmiento, tachando el ¿FACUNDO? de caricatura: ¿La Argentina no es una charca de sangre: la civilización nuestra no es el progreso de las escuelas primarias de San Juan?.

El capítulo dos transita con éxito el tópico sobre el género de ¿FACUNDO? y su resistencia a acomodarse en un discurso determinado. El acierto consiste en focalizar a la vez los procedimientos textuales y las interpretaciones que dichos procedimientos desencadenan. Desde las acusaciones de transgredir las leyes del discurso histórico, los señalamientos de inexactitudes y falsedades hasta la lectura en clave de novela, Sorensen analiza algunas lecturas fundamentales. En un extremo, Alberdi recrimina el desvío más flagrante: ¿Es el primer libro de historia que no tiene fecha ni data para los acontecimientos que refiere?. En otro, Lugones lo elogia por ser ¿nuestra gran novela política? y, confiriéndole idéntico estatuto que al ¿Martín Fierro?, lo coloca en el altar de la épica. ¿Facundo?, ¿nuestra Ilíada?. Pero, es quizás en las páginas que examinan las ¿Notas? de Alsina donde la actividad crítica se hace más sutil. De acuerdo con Sorensen, las ¿Notas? ¿socavan la autoridad del libro de un modo poderoso:

incorporarlas habría significado escribir un Facundo diferente?. Sobre los errores encontrados, Alsina restablece la verdad al tiempo que afirma su competencia para escribir la historia reclamando la autoridad que deriva del papel que le tocó jugar en los acontecimientos como protagonista y testigo. Gracias al análisis, el texto se independiza; deja su condición de apéndice. El efecto es alentador puesto que permite considerar las impugnaciones en sus reales dimensiones: la perspicacia del pensamiento de Alsina queda a la vista cuando, por ejemplo, supera el binarismo señalando las falacias de tal razonamiento.

El otro lector modelo es, desde luego, Juan B. Alberdi. La autora reflota un tema que ha fascinado a muchos de nosotros: la polémica epistolar entablada entre las *¿Cartas Quillotanas?* y *¿Las Ciento y Una?*. Si ciertas zonas del *¿Facundo?* huelen a naftalina y *¿Conflicto?* no puede ocultar sus páginas apollilladas, la vitalidad de la polémica desafía el paso del tiempo. Sorensen somete la prosa alberdina al ojo avezado del crítico para encontrar las estrategias de deslegitimación sobre las que opera la totalidad de las *¿Quillotanas?*. Si bien Alberdi demuestra habilidad inusual en torcer los argumentos del enemigo, logra el punto máximo de cuestionamiento cuando fabrica dos imágenes opuestas, la del científico político *¿que coincide con su propia figura-* y la del periodista que identifica con la persona y la escritura de Sarmiento.

Con justicia salomónica y vocabulario derridiano, Sorensen pretende que la contienda es indecible. En este punto, quiero simplemente traer la voz de Julio Schwartzman: *¿El éxito en la polémica es, para Sarmiento, haberla provocado. Haber logrado, con Alberdi, lo que no fue posible con Urquiza. haber creado un contradiscurso a su medida. Haber forzado al otro, que evitaba la confrontación directa, a ser el otro polémico, a escribir el nombre de ¿Sarmiento? ¿aun para descalificarlo- dando lugar a la contrarréplica?. Y un poco más abajo: ¿Tardíamente consciente de la trampa, Alberdi cierra la polémica saliendo del juego, hablando de otra cosa, escribiendo otra cosa que el nombre de su par, de su doble, de su antagonista; comprendiendo al fin que no se trata de no leer al otro, sino especialmente de no nombrarlo, de no hacerlo objeto de su escritura?*

*¿Cómo circula (...) el capital cultural? ¿Cuáles son algunos de los factores concretos que conforman esta circulación??. Estas preguntas organizan el recorrido de los viajes del *¿Facundo?* de la periferia a los centros cosmopolitas. Se trata de la traducción al inglés hecha por Mary Mann y de la famosa reseña de Mazade para la *¿Revue des Deux Mondes*. En cuanto a la traducción de Mann, el prefacio explicativo que se remonta a la fundación de Buenos Aires, la alteración del título, las notas al pie, los glosarios, la eliminación de capítulos, todo este arsenal de desciframiento explicita los modos en que una cultura representa a otra diferente. Los protocolos de lectura de Mazade sirven de coartada para defender las causas del imperialismo europeo y atacar el americanismo. Pero si el *¿Facundo?* es usado por el francés para argumentar en un conflicto político, el argentino emplea una treta paralela: la reseña mutilada y despojada de tintes políticos contribuirá a la consagración.*

Junto con la canonización del libro en la década del 80, Sorensen explora la constitución de la identidad nacional en la literatura, problemática que comienza a tornarse no sólo omnipresente sino también virulenta con las olas inmigratorias y los movimientos obreros incipientes. El interés crítico se desplaza momentáneamente hacia el *¿Facundo envejecido?*, *¿Conflicto y armonía de las razas en América?*, para investigar allí los orígenes de la nacionalidad. Sorensen examina los cambios en el pensamiento de

Sarmiento; la elección del paradigma evolucionista darwiniano con fuertes marcas spencerianas inaugura un discurso nacionalista de sesgo discriminatorio.

Creo que con excesivo celo por la letra sarmientina, la crítica acepta a pie juntillas la respuesta negativa a la pregunta por la nacionalidad que abre el último ensayo del letrado. Por mi parte, pienso que, para Sarmiento, uno de los objetivos más importantes del escritor era proponer modelos culturales para asentar sobre ellos la comunidad política. La idea de formar una comunidad nacional a partir de la aceptación o el rechazo de elementos de la tradición colonial y del pasado revolucionario está presente en *Facundo* y guía *Recuerdos de provincia*. En alguna oportunidad, describí las operaciones involucradas: Sarmiento traza conexiones y diferencias entre culturas, transita geografías, relaciona esferas, interpreta historias y zurce, finalmente, los retazos. Así, da origen a un modelo configurado en torno a la suma de los elementos significativos encontrados. Cada texto diseña uno o varios pedazos de un mundo en que se perfila la identidad nacional. Cada texto interroga, de alguna manera, esta problemática que se plantea bajo la forma de un enigma: ¿cómo y dónde descubrir las pistas que conduzcan a construir la identidad?.

Otros dos clásicos completan las páginas dedicadas al tema: *La tradición nacional* de Joaquín V. González y *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla. La tradición escogida por González no sólo reivindica la etnia que Sarmiento desprecia, decreta también su superioridad cultural. En cuanto a Mansilla, finas observaciones van modulando la voz disonante y cuestionadora del maestro, tan atrevida que se permite señalar y enmendar errores. Dice Sorensen: *Si el libro de Sarmiento se abre con la inmensa extensión de las pampas argentinas, apenas pobladas salvo por la horda indígena indiferenciada, emboscada y lista para atacar, Mansilla se propone corregirlo por medio de la información topográfica y proveyendo a esa horda de una identidad arraigada en su voz.*

Lanzado el ensayo en la senda de la cuestión de la nacionalidad, el último capítulo insiste en otras lecturas clásicas, de las obras y de la biografía de un Sarmiento fraguado ya en bronce. Para cerrar el ciclo, en la galería de los nacionalistas, les toca el turno a Lugones con su *Historia de Sarmiento* y a Rojas con *El profeta de la pampa*. Sorensen explica los nuevos mitos que nacen con el siglo: el arielismo, la reivindicación de las raíces hispánicas, el retorno a las tradiciones rurales, la visión nostálgica del campo. Lugones reconoce a la prosa sarmientina el mérito de haber fundado la literatura argentina que él hace sinónimo de patria: *Sarmiento es esta cosa eterna y enorme, el padre de una literatura, el representante de un pueblo*. Según la autora, este ensayo impregnado de grueso determinismo racial, prefigura el viraje fascista de los años 30. Lugones atribuye imposibilidades políticas a causas étnicas; el mestizaje impide que la democracia se afiance en estas tierras.

Puede pensarse que los desacuerdos que tiene Rojas con Sarmiento nacen de un proyecto cultural cuyo pilar es la mezcla y la fusión de varias herencias- que habían alentado ensayos previos como *Blasón de plata*, *La restauración nacionalista* y *Eurindia*. Rojas sostiene que Sarmiento, representante de la conciencia de nuestra raza no escribió una biografía de Quiroga sino una leyenda. Su versión cuestiona y da vuelta, entre otros puntos, la dicotomía civilización-barbarie, transformando el campo en origen del arte y la economía.

Con gesto deliberadamente anacrónico, me gustaría suponer que para compensar las apropiaciones y expropiaciones a que ha sido sometido su 'FACUNDO', el lector Sarmiento hace lo mismo con la cultura europea. Es Ricardo Piglia quien ha cambiado con las pocas páginas de sus 'Notas sobre Facundo' la lectura del clásico. Haciendo gala de la irreverencia que lo distinguía, Sarmiento altera citas, traduce mal, atribuye de forma errónea. Piglia concluye: 'En Sarmiento la erudición tiene una función mágica: sirve para establecer el enlace entre términos que, a primera vista, no tienen relación. Si Sarmiento se excede en su pasión, un poco salvaje, por la cultura es porque para él conocer es comparar. Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar y otra cosa que ya está juzgada y escrita. Para Sarmiento saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de la comparación?.'

Fragmento tomado de 'Boletín de reseñas bibliográficas' 7/8, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, setiembre de 2000.

Revista de Reseñas Bibliográficas 2000. Todos los derechos reservados. ©

Fonte: http://www.beatrizviterbo.com.ar/zunino/zz_part.php?id=165&sec=Prensa